

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO IV

ABRIL 30 DE 1927

NÚM. 2

Carlos Silva Vildósola

Los griegos y el concepto de belleza

Conferencia dictada en el centro de letras
(Biblioteca Nacional) el 28 de Abril último.

ENTRE el cuarto y el tercer siglo antes de Jesucristo la Grecia había producido las más perfectas obras del arte hasta entonces conocidas por la humanidad y acaso las más bellas que jamás verán los hombres.

Sobre el suelo de la pequeña península, en la playa de oro del mar Egeo, bañada por las aguas azules de donde un día nació Afrodita, vivía un pueblo que antes que cualquiera otro de la Europa debía llegar a la más alta civilización. La Providencia parecía destinarlo a crear prototipos de perfección, que serían modelos eternos y habrían de alumbrar con su gracia y la serena luz de su belleza externa e interna, de formas y de ideal, el camino de las generaciones venideras.

En aquella cima de la cultura, el pueblo griego desarrolla un sentido prodigioso de la belleza. Sus artistas ejecutan asombrosas imitaciones de la naturaleza que el pueblo comprende y re-

compensa. Sus filósofos tienen auditorio en las plazas y en los pórticos para oírlos disputar. Sus poetas celebran las proezas de los héroes y cantan al amor ante multitudes que siguen no sólo la armonía de sus versos, sino también el ritmo interior de su inspiración.

Un pueblo así dispuesto parece que debiera crear la ciencia de la Estética. Nadie más penetrado del sentido de la belleza; ninguno más dado a la contemplación de cuanto los sentidos de la vista o del oído pueden ofrecernos como fuente de placer puro; jamás hubo artistas que como los griegos buscaran la creación de la belleza por el desinteresado placer de hacer lo bello con refinamiento exquisito, por encima de todas las consideraciones de utilidad u otra relación con la vida práctica; ni hubo tampoco arte alguno que desde su nacimiento en edades remotas supiera entender mejor la serenidad que debe presidir el misterioso connubio entre los sentidos que nos ofrecen el objeto bello y la inteligencia que se goza en su contemplación.

No ha esperado el arte griego sus siglos de esplendor para realizar estos ideales estéticos. En edad remota, Homero y sus rapsodas han cantado la cólera de Aquiles, la belleza de Helena y las aventuras del divino Ulises y fijado las normas imperecederas de la belleza artística.

La sexta rapsodia de la Odisea contiene en un ejemplo de portentosa hermosura todo el concepto primitivo de los artistas helénicos sobre la belleza, su contemplación y el poder aquietador de este culto de lo bello sobre las pasiones y dolores humanos.

El héroe náufrago, arrojado por las tempestades en tierra desconocida, se ha dormido bajo las frondas, junto al río, rendido de fatiga. De pronto lo despiertan gritos y risas. ¿Qué hombres habitan esta tierra? se pregunta, ¿Serán violentos, salvajes e injustos? ¿Serán hospitalarios y temerosos de los dioses?... Oye voces de mujer y piensa si serán las ninfas que viven en las cumbres de las montañas, en los manantiales de los ríos y en las marismas herbosas.

Sale entonces de entre los arbustos, aparta las ramas, mira

y avanza hacia el río. Es la princesa Nausicaa, hija del rey Alcino, la más bella entre las mujeres, la de los brazos de nieve, que aconsejada en sueños por la diosa Atenea, ha ido hasta el río con sus doncellas para lavar en las aguas purísimas, lejos de la ciudad, sus vestiduras nívicas, sus peplos, sus ceñidores y sus mantos. Al ver a Ulises, cubierto todavía con el légamo, desgredado y sucio, las doncellas huyen despavoridas. Sólo la hija de Alcino lo aguarda, sin ofenderse de la desnudez del héroe, ni de su aparente fealdad. Y él, deteniéndose como paralizado por la contemplación de tanta hermosura, sin poder avanzar ni retroceder, en el éxtasis que suprime de un golpe sus dolores, sus infortunios, su hambre y sed, le habla en estas palabras que acaso son el más sublime de los himnos que el hombre ha entonado a la belleza creada:

«Oh reina, ya seas diosa o mortal, yo te imploro. Si eres diosa de las que habitan el anchuroso firmamento, te asemejas a Artemisa, hija de Zeus Omnipotente, por tu hermosura, tu gracia y tus formas; y si naciste de los hombres que moran en la tierra, tres veces dichosos sean tus padres, tu santa madre y tus hermanos. Sin duda sus almas rebosan de alegría cuando te ven salir al corro de la danza. Pero más venturoso que todos quien colmándote de presentes nupciales te lleve como esposa a su morada. Que nunca se ofreció a mis ojos un mortal semejante, ni hombre ni mujer, y me he quedado atónito al contemplarte. Una vez sólo vi algo que se te pudiera comparar y fué un tierno retoño de palmera que creció en Delos junto al ara de Apolo, allí donde fuí con mis huestes en viaje que había de acarrearle tantos dolores; y cuando lo ví, quedé por largo tiempo admirado de que pudiera nacer de la tierra un árbol tan hermoso. Del mismo modo te contemplo ahora, oh mujer, y me tienes absorto y siento miedo de echarme a tus pies aunque estoy abrumado de grandes pesares».

Este maravilloso fragmento encierra todos los gérmenes, puede decirse, de una estética admirable, y seguramente de todo lo que los filósofos posteriores dirían sobre el concepto de belleza. La contemplación de una criatura de indescribible hermosura

suscita en el alma del héroe desgraciado un placer tan vivo, tan intenso, tan puro, que no quiere apartar su vista del objeto bello y se queda atónito. Es un placer nobilísimo, armonía de los sentidos con el entendimiento, sin mezcla alguna de pasión o apetito. Lo compara él mismo con el que le produjo la contemplación de un árbol singularmente bello. Y esta contemplación calma sus dolores, aquietta su ansiedad, rinde su voluntad. Es la *sofrosine* o poder aquietador que había de ser uno de los caracteres esenciales del arte helénico.

No de otra manera debían sentir la emoción de contemplar lo bello los ancianos de Troya que, después de la guerra, curando sus heridas, lamentándose de las fatigas de tan largo batallar, ven pasar a Helena y se sienten consolados y dan por bien empleadas las angustias y las penalidades porque la guerra les permitió que viviera en la ciudad aquella mujer cuya belleza es comparable con la de los dioses.

Así creaban los rapsodas, no en filosóficas disertaciones, sino en la realización de obras de arte nacidas como un florecimiento espléndido en la primavera del pueblo más feliz de la tierra, el ideal de belleza y el ejemplo más perfecto de creación artística.

Pero esta pura idealidad estética no podía conservarse en su íntegra y primitiva nobleza y desinterés. Con la conciencia aguda de las propias sensaciones que desarrolla el hombre en la civilización, viene la reflexión y nacen los preceptos, las leyes literarias, las combinaciones estudiadas del lenguaje, el análisis de las ideas. El sentido crítico, que sigue de ordinario a la producción de obras maestras, llega a ser como un enemigo del poder creador espontáneo y más cerca de la naturaleza.

Sócrates busca en sus diálogos con los artistas el secreto de la belleza en el arte. Sus preguntas al pintor Parrasio, tal como nos las ha trasmitido Xenofonte en sus Recuerdos Socráticos, fidelísimo trasunto del método y de las ideas del filósofo, analizan las sensaciones del artista.

Sócrates quiere saber de Parrasio si es cierto que al crear un cuerpo bello, como no es posible encontrar un hombre perfecto, escoje de cada uno lo que más bello le parece y forma así una

obra admirable. Parrasio confiesa que así procede en sus creaciones.

Entonces el filósofo pregunta si de la misma manera imita el artista un alma bondadosa, dulce y digna de amor. Parrasio se asombra de que se considere posible imitar de la naturaleza el alma que no tiene proporciones, ni colores, ni es visible para sus sentidos. Pero Sócrates le observa que los ojos de los hombres reflejan la bondad o la maldad, el amor o la hostilidad, y que, pudiendo el pintor trasladar al lienzo la expresión que en los ojos aparece, no hay duda que también los afectos del alma pueden ser campo de expresión artística.

En otro diálogo con el escultor Criton quiere saber Sócrates cómo da vida a sus bellos atletas, a sus ágiles corredores y poderosos pugilistas. Criton se calla, más creador que crítico, inconsciente del proceso que han seguido sus facultades sensibles e intelectuales hasta llegar a la realización de la obra de arte. Pero Sócrates profundiza su análisis: el artista imita las formas bellas que ha visto en los hombres y como son formas vivas, animadas, lo mismo puede imitar cuanto esos cuerpos expresan con sus gestos y movimientos, o sea que la escultura también puede expresar los afectos del alma y hacer de este modo que sus estatuas parezcan seres vivos.

Como observa Menéndez y Pelayo en su agudo examen de estos diálogos, Sócrates proclama aquí por vez primera el valor de la expresión moral en el arte. Pero ya su pensamiento analítico lo aleja del ideal homérico. Ya Ulises no contempla a Nausicaa en la pura emoción estética. Sócrates está dominado por un concepto de utilidad que viola la tradición primitiva del arte y la deforma.

En el diálogo con Aristipo discurre Sócrates sobre el concepto de belleza. Son bellas cosas que no tienen semejanza alguna entre sí, porque es bello todo lo que es adecuado a su fin. Y llega así hasta probar Aristipo que una cosa puede ser bella y fea al mismo tiempo, confundiendo en uno solo el concepto de lo bueno y lo bello. Una cosa, dice, puede ser buena y mala, lo que es bueno para el hambre, es malo para la fiebre, lo que es

bello en la carrera es feo en la palestra, porque todo es bueno y hermoso en cuanto sirve su fin y es malo y feo y torpe en cuanto no lo sirve.

Es la idea de la utilidad que viene a perturbar la primitiva concepción de lo bello, proclamando como bello todo lo que es útil para el objeto a que ha sido destinado.

La doctrina estética de Sócrates puede resumirse diciendo que un objeto es bello porque sirve a un fin racional, sea la seguridad del hombre o su agrado. Lo bueno y lo bello se confunden y ambos se resuelven en lo útil. Entendemos nosotros que Sócrates da poca importancia al deleite que causa la contemplación de lo bello con tal de que procure alguna utilidad en los fines más necesarios para la vida. Tampoco distingue Sócrates la existencia de una belleza absoluta, fuera de la inteligencia que la percibe. Y en esto su gran discípulo y sucesor, Platón, abrirá nuevos horizontes a la especulación.

A pesar de la aparente sencillez de su método y el profundo desinterés de sus investigaciones, Sócrates no se ha librado por completo de la afectación, el rebuscamiento y la complicación que habían introducido en la filosofía y en todas las especulaciones mentales los retóricos y los sofistas.

No olvidemos que Atenas era entonces el centro de la vida intelectual del mundo civilizado de Occidente. Allí acudían pensadores y escritores de todas las razas, especialmente de la Hélade. La juventud ateniense tomaba el gusto, casi diríamos hoy el deporte de la filosofía. Aristófanes, espíritu conservador, se lamentaba con los viejos atenienses de que estos jóvenes sabían mucho, pero sus padres obraban mejor porque escuchaban a sus mayores y se guiaban por las costumbres tradicionales.

El vocerío de las doctrinas contradictorias y luego el hábito, digamos el vicio, de la discusión, de la demostración, de la dialéctica, debían producir un blando y amable escepticismo en que ya no se sabía exactamente qué era la verdad y se había llegado a creer en la relatividad de todos los conceptos.

Sin duda, las enseñanzas de Sócrates son una reacción contra la retórica y el sofisma. Él ha establecido principios como

deducción de sus diálogos. Pero si Sócrates no tuviera el enorme sitio que con justicia ocupa en la historia del pensamiento, la humanidad tendría que reconocerlo como uno de sus más grandes servidores sólo por haber contado entre sus discípulos a Platón y por haber abierto con sus enseñanzas el camino de este maravilloso genio.

No se llega sin temor a hablar de Platón, aunque sólo sea para esbozar una tímida síntesis de sus doctrinas. La sublimidad de sus ideas, la grandeza de su sistema filosófico, la influencia que ha tenido en la civilización europea, nos hacen temer que seremos impotentes para impedir que todo este mundo moral e intelectual empequeñezca en nuestras manos y los oyentes no reciban una impresión proporcionada a la que nosotros interiormente sentimos.

Platón ha escrito su filosofía en diálogos que tienen a un tiempo aspecto intelectual y místico. Pero ambos aspectos están dominados y penetrados por motivos éticos, morales. Obedeciendo al impulso dado al pensamiento por Sócrates, su genio especulativo ha armonizado las variadas concepciones de su tiempo, las ha sacado de su aislamiento dogmático, les ha dado correlación y vida y las ha ligado con la vida y la experiencia de la humanidad.

Pero Platón tiene al mismo tiempo una imaginación poética la más delicada y un sentido de la elegancia y del gusto, de suerte que rodea sus pensamientos y especulaciones abstractas de una especie de aureola de mitología que las hace fascinadoras, aunque también menos fáciles para el entendimiento puramente prosaico y apegado a la tierra.

Platón ha cruzado con su poderosa mente los espacios y el tiempo. Cuando aún no amanecía Cristo, ha subido en la noche serena y la divinidad le ha permitido entrever la verdad. Se ha paseado entre las estrellas, más cerca de Dios que ningún otro hombre de la antigüedad pagana, más espiritualizado que otro cualquiera, y ha escuchado en el silencio profundo de su alma contemplativa las armonías prodigiosas del mundo moral,

ha percibido sus leyes y descubierto sus principios fundamentales.

El alma humana, su inmortalidad, sus leyes de amor, su voluntad tendida sin cesar hacia el bien, su inteligencia buscadora de la verdad, su ensueño inmortal de belleza pura, han sido revelados a este pensador ateniense cuya larga vida llena casi todo el cuarto de siglo antes de Jesucristo.

No nos corresponde aquí explicar el sistema filosófico de Platón ni nos atreveríamos a tamaña empresa. Este sistema no está formulado en ninguno de sus diálogos, sino esparcido en todos ellos, algunos de los cuales tampoco guardan una perfecta consistencia con los anteriores. Los últimos muestran mayor tendencia a sistematizar. Y, en realidad, la obra filosófica fundamental de Platón se cristaliza más tarde en Aristóteles.

Pero en medio de la diversidad maravillosa de sus ideas, de sus asuntos y de la manera como los trata, se puede decir que toda la filosofía de Platón está penetrada de dos motivos que parecen ser los que mueven su alma en la magnífica ascensión hacia lo infinito: una verdadera pasión por hacer a los hombres mejores y una fe profunda, inalterable, en el poder y la supremacía de la inteligencia humana. Digamos en otras palabras: las dos fuerzas con que Platón nos arrastra en el vuelo de su pensamiento son el amor a la verdad y el celo por el bien de la especie humana.

El primero de los diálogos en que hallamos una doctrina sobre el arte y la belleza es el *Ion*, nombre de un joven poeta, un rapsoda a quien Sócrates ha encontrado cuando vuelve triunfador de los juegos y quiere convencer de que los artistas proceden en una especie de inconsciencia, dominados por una fuerza divina que los arrastra como el imán a los anillos de hierro.

Establece aquí Platón una cadena que comienza en la fuerza divina inspiradora, en la cual se halla como medio el artista, y que termina, como en su último anillo, en el espectador. Es teoría curiosa y simpática que liga estrechamente al espectador con la obra de arte, haciéndolo entrar en el proceso artístico.

En el *Gorgias*, Platón avanza hacia una concepción moral

sumamente elevada. Distingue el fin y el medio de la acción humana; proclama por boca de Sócrates la identidad entre lo bello y lo bueno, entre lo feo y lo malo. Subiendo aún más alto, deja bien establecido que no se debe confundir el bien con el deleite, porque el último es relativo, está unido al dolor que causa su privación, mientras que el bien es absoluto por su esencia. No se debe buscar, pues, el bien por el deleite sino el deleite por el bien.

Condenando la retórica como arte aduladora del deleite, Platón expone una sublime doctrina sobre el arte en general. El orador debe procurar que sus oyentes se llenen de una virtud de templanza y amor al orden y armonía; el arte es orden y es ornato; el ornato del arte es la templanza y es la *sofrosine* o poder de acallar las pasiones. Sólo el hombre que vive en la templanza será amado de sus semejantes y de los dioses y podrá vivir en sociedad. Y de aquí sube en vuelo que nosotros difícilmente podríamos seguir hasta el valor de la armonía geométrica entre los hombres y los dioses.

El pensamiento fundamental es que la belleza es una idea, no sólo en el mundo lógico, sino también en el mundo real y existe con existencia propia, fuera e independiente de los objetos bellos.

Las cosas participan de la belleza por reminiscencia de la Idea que hemos contemplado en otras vidas, sin las trabas y limitaciones de la presente. Y si amamos la belleza y queremos realizarla en esta vida nuestra, es porque tenemos dentro del alma un rastro, una vislumbre de la otra, de la eterna, la que no puede mudar, la absoluta.

Dominando nuestras pasiones podemos llegar hasta percibir en la naturaleza, más adentro de la superficie de los seres, la belleza ideal que es vestigio de la perfección divina y así, subiendo en esta contemplación, el hombre puede llegar al éxtasis en que se asemeja a los dioses.

El arte es una filosofía de amor y su objeto debe ser restablecer en el alma humana la *sofrosine*, la serenidad, el aquietamiento de las pasiones, la armonía. Todo lo que perturbe esa

armonía, todo lo malo, lo feo, lo odioso y ridículo, debe ser proscrito del mundo del arte, y Platón lo proscribiera aun de su República ideal.

Pero el arte no es más que la imitación de la idea, no de la absoluta y suprema, sino de las apariencias que quedaron como vestigios en las cosas, como reflejo de la belleza absoluta.

Si es estupenda la sublimidad del Fedon, el diálogo en que Platón nos pinta a Sócrates discurrendo en sus últimas horas sobre la preexistencia del alma y su inmortalidad, no hay duda que se le puede comparar en sublimidad el Simposium o Convite donde mejor que en ningún otro ha dejado a la humanidad la preciosa herencia de su doctrina sobre lo bello. Aunque ella está esparcida en diversos otros diálogos, y aún cuando ya hemos señalado los principios fundamentales que la contienen, es conveniente resumir este diálogo, acaso uno de los fragmentos más admirables en que sea posible divisar en obra humana la inteligencia divina. Y este resumen servirá tal vez para que mis oyentes, adivinando tras de la impotencia de mis palabras algo de lo sublime del original, se sientan tentados a leerlo.

En el Simposium los amigos se han reunido con Sócrates para celebrar el triunfo de Agathon en el concurso de tragedia, pero no están dispuestos a beber o entregarse a placeres materiales. Ruegan a la tocadora de flauta que se retire y ellos discurren sobre el Amor.

Habla Fedro del amor inspirador de nobles acciones y recuerda cómo Aquiles y Alcestes murieron por amor. Pausanias hace una distinción retórica entre el amor terreno y el divino.

El físico Eryximachus acepta la distinción, pero observa que toda la naturaleza está como penetrada de amor y que el arte consiste en seguir el más alto amor en esfera distinta de la actividad artística. Antes ya Empédocles había hablado del Amor como fuente de armonía y capaz de desvanecer toda discordia o disonancia. Y Heráclito decía que los opuestos o contradictorios no pueden existir. Aristófanes, en un mito cómico, describe el amor como una criatura imperfecta que anhela su perfección, que busca ser completada. El hombre era primitiva-

mente doble en su esencia, pero para castigar su impiedad Zeus lo dividió en dos, y desde entonces cada una de las mitades vaga por la tierra en busca de la otra. Agathon, el poeta trágico, se alza entonces y canta el elogio del amor y sus obras. Es el más joven, no el más viejo de los dioses; vive y se mueve delicadamente donde quiera que algo florece y en el corazón de los hombres; es el autor de todas las buenas obras, de toda virtud; los dioses le obedecen; es bello y hace bellas las cosas; es el piloto, el defensor, el salvador, cuyos pasos todos deben seguir, cantando himnos en su loor.

No se atreve Sócrates a rivalizar con el poeta trágico y comienza modestamente por decir que tratará sólo de decir la verdad. Acepta la distinción entre el amor y sus obras, pero observa que, dado el hecho de que el deseo implica necesidad, y puesto que el amor desea la belleza, el amor que necesita la belleza, no es hermoso. Y entonces, después de haber establecido estas ideas en una pura y característica forma socrática, dice a sus amigos que va a referirles el secreto que un tiempo le reveló Diotima, la extraña mujer de Mantinea.

El amor, le dijo la profetisa extranjera, no es ni hermoso ni feo, ni sabio ni necio, ni dios ni mortal. Entre los dioses y los hombres existe el mundo de los espíritus intermedios que llevan hasta los dioses las plegarias y anhelos de los hombres y traen a la tierra las voluntades de los dioses. Estos espíritus mantienen la armonía del universo. El amor es uno de ellos.

El amor, según la profetisa de Mantinea, es hijo del dios de la abundancia y de la diosa de la pobreza. Fué engendrado en las fiestas del natalicio de Afrodita, cuando la Pobreza, su madre, vino descalza y miserable a pedir una limosna a la puerta de los dioses. No vive el amor delicadamente, sino descalzo y en harapos, siempre en dificultades, pero siempre lleno de invenciones, gran cazador de sabiduría y de todas las cosas hermosas. A veces está harto y satisfecho después de su festín de belleza; a veces muere de inanición por falta de ella. Nunca sabe todo, nunca lo ignora todo. Es un filósofo, porque el conocimiento es la más bella de las cosas.

¿Qué desea de lo bello el amor? La posesión le basta. Pero hay otra clase de amor que desea lo bello para un fin peculiar. El amante no busca su otra mitad, sino la posesión de lo bello para engendrar en belleza. Hay una estación en la pubertad del cuerpo y de la mente en que la naturaleza humana desea crear, suspira por una creación y no puede crear sino en presencia de la belleza. Este anhelo es la tendencia hacia la inmortalidad. Aun en la devoción del ave a su compañera hay una manifestación del deseo de inmortalidad. En la vida del individuo ésta es como una marea que sube en la inteligencia. Las ciencias van y vienen, se mudan y transforman. Pero en las cosas mortales la sombra de la continuidad es la sucesión.

El amor de la fama, sigue explicando Sócrates, nace de aquí también y es tal vez una imagen más brillante de la inmortalidad que la generación. Las almas creadoras engendran, no hijos de carne, sino buenas obras, producen así sobre la tierra la justicia, la templanza y todas las virtudes. Homero, Hesiodo y los demás grandes poetas, fueron inteligencias geniales que produjeron por amor a la belleza obras admirables. También lo fueron Licurgo y Solon, dando sabias leyes a la república. Pero ellos se detuvieron en los umbrales y no penetraron todos los misterios más altos que están reservados para los que suben de las nobles acciones, de las instituciones y las leyes, a la belleza universal. El verdadero orden consiste en ascender de las hermosas formas, a las hermosas prácticas, los hermosos pensamientos y así finalmente hasta el pensamiento único de la belleza absoluta. Y así el que ama una belleza espiritual, aunque esté encerrada en un cuerpo feo, debe sembrar en ella gérmenes de virtud y contemplar en seguida su fructificación en actos bellos, sin quedarse enredado jamás en la belleza corpórea, porque la del alma es superior y por ella hay que entrar en las ciencias, hasta alcanzar el piélago infinito de lo absoluto, la comunión con la belleza inmortal; y entonces seremos amigos de Dios y tan inmortales nosotros mismos como el hombre mortal puede serlo.

Interrumpamos el resumen para repetir aquí un eco de la su-

blime doctrina platónica en las palabras que nuestro Cervantes pone en uno de esos discursos que contienen. Dice la pastora Marcela en frase de hondo concepto y de forma tan armoniosa y bella como rara vez encontró el mismo autor del Quijote: «Tienen mis deseos por término estas montañas y si de aquí salen es para contemplar la hermosura de los cielos, pasos con que camina el alma a su morada primera».

Pero, sigamos escuchando la voz de Sócrates, que refiere cuanto le reveló la profetisa de Mantinea. Ahora es ella la que habla y sus palabras resumen la doctrina, por donde el filósofo nos ha llevado hasta la belleza absoluta, último término, aspiración suprema y único descanso de la inteligencia humana.

«Y el que por sus grados haya sido conducido hasta aquí, viendo por su orden las cosas bellas, llegado al fin de los arcanos de amor, verá de súbito una admirable belleza, por la cual ¡Oh Sócrates! bien podemos tolerar los anteriores trabajos; la cual belleza existe siempre, y ni nace ni muere, ni mengua ni crece, ni es en parte hermosa y en parte fea, ni hermosa unas veces y fea otras, ni hermosa respecto de unas cosas y fea respecto de otras, ni hermosa aquí y fea allí, no parece a unos hermosa y a otros fea. Ni puede imaginarse esta belleza como un rostro hermoso o unas hermosas manos o cualquiera otra cosa corpórea; ni como un razonamiento, ni como una ciencia. Ni podemos pensar que resida en otra cosa, v. gr., en un animal o en la tierra, o en otra cualquiera parte, sino que ella existe por sí misma, y uniforme siempre, y todas las demás cosas bellas lo son porque participan de su hermosura, y aunque todas ellas nazcan o perezcan, a ella nada se le añade ni nada se le quita, ni ella se inmuta en nada».

«Y cuando llegues a contemplarla (añadió la extranjera de Mantinea) te parecerá más preciosa que el oro y los vestidos recamados, y más que los hermosos adolescentes, ante los cuales te quedarías tú y se quedarían otros muchos sin comer ni beber, y sin más que contemplarlos. ¿Y si esto es así, cuán maravilloso espectáculo será el de la belleza misma, simple, pura, íntegra, no revestida de humanas carnes o colores ni de ninguna

otra apariencia mortal, sino bella en sí misma, uniforme y divina? ¿No crees que quien contemple entonces cara a cara la belleza, con los ojos con que puede ser contemplada, no producirá ya imágenes de virtud, sino la virtud misma, porque ya no poseerá un simulacro vano, sino la cosa en sí? ¿Y no crees que produciendo y nutriendo verdaderas virtudes, se hará amigo de los dioses y que si algún hombre llega a ser inmortal, este lo será sin duda?»

Al llegar el diálogo del *Simposium* a esta parte, hace irrupción en la sala Alcibiades y desde entonces la sublimidad declina. El vino ha puesto a Alcibiades en un estado de exaltación. Quiere coronar al poeta Agathon, pero al ver a Sócrates insiste en que sea coronado el filósofo. Quiere beber, necesita sacar a los amigos de su serenidad sobria y elevada. Hace un extraño elogio de Sócrates a quien por su aspecto físico compara con un sátiro o Sileno, capaz de encantar a los mortales con su voz mucho más que aquellos con sus flautas. La elocuencia del mismo Pericles no tiene efectos comparables a la de Sócrates. Sólo su palabra mueve a Alcibiades a vergüenza de sus acciones y lo fascina hasta el punto de que, tapándose los oídos, concluye por huir de su presencia. «A veces, dice, quisiera verlo muerto; me partiría el corazón; pero es que me saca de juicio». «Como esos Silenos tallados en madera que tienen una cavidad para guardar un dios, así esta máscara de Sileno que posee Sócrates guarda cosas divinas. Afecta ignorancia y sensibilidad ante la belleza. Se burla del género humano. Pero nada le importan las exterioridades, no busca la exhibición y su temperancia es asombrosa».

Continúa Alcibiades haciendo el elogio de Sócrates. Cuenta sus años de meditación solitaria en Potidaea, cuando quedaba absorto en sus contemplaciones durante un día entero o toda una noche. «La palabra de Sócrates, dice, es de necios y de zapateros; está siempre diciendo las mismas cosas con las mismas palabras; pero, quien levante la máscara y mire debajo, verá que son las únicas palabras que tienen un sentido».

Una nueva banda de trasnochadores invade la escena. El vino

se prodiga. La orgía toma una vivacidad extraordinaria. Los sobrios y tranquilos se retiran guiados por Eryximaco; cuenta Aristodemo, narrador de la escena, que al despertar vió a Sócrates conversando con Agathon y Aristófanes, probándoles que la tragedia y la comedia son esencialmente una. El filósofo les habló hasta que los poetas se durmieron y cuando los dejó en el sueño, salió serenamente a sus ocupaciones habituales.

La lectura de los diálogos de Platón puede ser recomendada como una de las más bellas experiencias que un hombre culto alcanzará en el campo de las letras y del pensamiento. Pero sería un error creer que de esa lectura podrá deducir quien la emprenda con la preparación filosófica necesaria el resultado envidiable de establecer un sistema estético claro, neto, formulado a la manera de los que hoy conocemos mediante los métodos modernos.

Los escritos del gran ateniense están llenos de ciencia, pero carecen, como todos los de filósofos antiguos, de cualquier método científico en el sentido moderno de esta expresión.

La misma observación debemos hacer acerca de Aristóteles, más constructor de sistema que Platón, pero todavía muy lejos de nuestra idea de una ciencia organizada, especialmente cuando trata de la belleza y del arte.

Aristóteles era muy joven cuando llegó a Atenas y acudió a las lecciones de Platón que había llegado entonces a los 65 años.

De ordinario se habla de los dos filósofos poniéndolos casi en oposición. De mí sé decir que no diviso tal oposición, por lo menos en lo que se refiere a la estética, o mejor dicho, para no emplear este término modernísimo, en lo que tiene relación con el concepto de lo bello.

Por desgracia, la Poética de Aristóteles, que es la obra en que mejor se hallan sus ideas sobre esta materia, nos ha llegado muy incompleta, apenas en fragmentos. Tenemos que ceñirnos a los comentarios de investigadores que han examinado la doctrina aristotélica en sus fuentes originales.

Aristóteles establece como primer principio que el arte es

imitación; pero esto en sentido idealista. Es decir, el arte imita lo universal, lo necesario, la idea y el tipo; no se ocupa de imitar lo relativo y lo particular. En este punto, como se ve, está de acuerdo con Platón, y aunque algunos de los comentadores del filósofo de Estagira, hayan pretendido interpretar de otro modo su idea en esta materia, es evidente, sin que tengamos para qué entrar a demostraciones hechas ya por cien eruditos, que el principio aristotélico es idealista.

No es menos claro el acuerdo con el maestro en la doctrina sobre la purificación de los afectos, o sea lo que al explicar la doctrina de Platón hemos designado con el bello nombre griego de *sofrosine* o el poder aquietador del arte. Sólo que Aristóteles espera este efecto del arte mismo, y Platón lo busca más alto en la contemplación pura de la belleza subiendo hasta el absoluto.

Todas las otras ideas de Aristóteles sobre la belleza nos parecen vagas. Ciertamente distingue claramente la belleza del bien: la belleza se encuentra en los seres inmóviles, en las líneas, en las figuras y en el número; mientras el bien reside en la acción. Igualmente se debe mencionar que Aristóteles considera el bien o lo útil como relativo, mientras asigna a la belleza su cualidad de absoluta.

Según el autor alemán, Schasler, la estética aristotélica es un idealismo realista en que la energía o idea activa, uniéndose a la materia le comunica la forma. El arte sería entonces una capacidad de producir, una energía que hace actuar, en una materia contingente, lo universal y necesario.

Después de Aristóteles la filosofía griega nos presenta para la materia que estamos buscando más bien crítica que filosofía de lo bello. El desenvolvimiento de las actividades de los gramáticos y retóricos, el gusto por el examen de las obras de arte anteriores y contemporáneas absorbe a los pensadores. No discurren ya en la región sublime en que Platón descubría nuevos rumbos a la mente humana, ni procuran como Aristóteles someter a un conjunto de principios los conocimientos adquiridos, sistematizándolos hasta cierto punto.

La escuela de que Plotino en sus *Eneadas* es el representante más ilustre, nos parece una tentativa de restaurar la doctrina platónica y confirmación de que, después del Simposium y otro de los diálogos, muy poco nuevo hay en la historia del pensamiento griego, y lo nuevo no es bueno.

Plotino, como Platón, no reconoce sólo a los sentidos de la vista y el oído el origen del conocimiento de la belleza, puesto que también son bellas las acciones, las ciencias, las virtudes, etc.

La belleza del cuerpo es para este pensador un florecimiento de la forma que domina a la materia por el imperio de la razón ideal sobre la materia misma. El alma humana se enamora de la belleza y la busca y quiere poseerla porque halla en ella algo de su propia excelencia y hermosura. Decimos que tales cosas son bellas porque participan de nuestra naturaleza espiritual. Lo feo nos repugna como cosa fuera del plan divino de que nuestro espíritu forma parte.

Platónico es también el concepto admirablemente desarrollado por Plotino de que quien desee contemplar la belleza intelectual debe comenzar por hermoear su propia alma, despojándola de cuanto la afea. Para hablar en otros términos, no podemos contemplar la belleza intelectual o moral, la que no se percibe por los sentidos, sino cuando la poseemos nosotros mismos. Por lo tanto, el hombre debe vencer su apego a la materia si quiere contemplar la belleza, porque de la materia vienen las fealdades y deformidades que reflejan sobre el alma. Y aquí caemos de nuevo en la idea de la *sofrosine*: para que el alma recobre su virtud y la hermosura, tiene que recobrar su pureza, tiene que pasar por un proceso de purificación. Para llegar hasta Dios, hermosura suprema, el alma debe dejar como muertos los sentidos y abandonar toda hermosura corpórea. Estas últimas son sombras o retratos de la suprema y absoluta que es a la que debemos aspirar.

Tiene el entendimiento humano, según Plotino, una belleza natural que embellece la materia. No basta la imitación de la

naturaleza que satisfacía a Aristóteles, porque el hombre puede enmendar la naturaleza por la belleza superior de su alma. La poesía, la pintura, la escultura, la música, proceden de bellezas que existen dentro de nosotros en grado más alto y sublime que en las obras de arte. Así la música compuesta por un hombre es producto de otra música interior que el artista lleva en su alma y lo mismo las demás formas artísticas.

Igualmente confirma Plotino la doctrina platónica sobre la reminiscencia de la idea. Necesitamos hallarnos nosotros mismos hermosos para que podamos tener el conocimiento de la belleza, que no es más que reminiscencia. La belleza de los objetos naturales es imagen de la otra hermosura que reside en la naturaleza, y ésta a su vez procede de la que está en la mente humana. Y la mente humana tiene un destello de la hermosura primera que no fué creada.

No cabe en los límites de una charla como esta el análisis de todas las doctrinas de escritores griegos en que pudiéramos rastrear el origen de las ideas estéticas del mundo occidental. Ello nos llevaría a divagaciones alejadas del objeto principal de esta ligera excursión por el campo filosófico, que no es sino presentar un cuadro sintético de las grandes ideas que han determinado orientaciones duraderas en la mente humana. En tal concepto creo, que nadie ha logrado mostrar horizontes a los que investigan el secreto de la belleza como Platón y por eso he dado mayor desarrollo a la exposición de su doctrina y re-

ferido las demás a la influencia que este genio portentoso

ha ejercido sobre sus contemporáneos, sobre los que

siguieron en los siglos inmediatos y sobre todo

hombre que más tarde y a miles de años de

distancia haya buscado con honrado

espíritu la verdad.